

Una búsqueda sin encuentro o un encuentro sin búsqueda

La literatura no es un pasatiempo ni una evasión, sino una forma —quizá la más completa y profunda— de examinar la condición humana.

ERNESTO SABATO

L

a literatura es uno de los tantos medios que tiene el hombre para expresarse; le permite refractar su realidad o crear otra, pero partiendo de una. Quizá los temas sean repetitivos, pero el modo de tratarlos es distinto en cada caso. Algunos autores optan por un discurso directo, sin rodeos; otros, en cambio, prefieren jugar con el lector mediante diversas técnicas. Una de ellas es el humor, que no sólo es sinónimo de risa, sino también de crítica y reflexión, porque si se utiliza con ingenio puede hacer pensar entre carcajadas.

Precisamente, el humor, aunado a un lenguaje sencillo, es una de las características que hace que la lectura de *Tormenta en el páramo*¹ sea amena y fluida. Su autor, Héctor Sommaruga (1959), uruguayo por nacimiento y mexicano por naturalización, es escritor, músico, periodista, editor y colaborador de Radio Mexiquense. De la calidad de su novela dan cuenta las tres ediciones: en 1997, bajo el sello del Instituto Mexiquense de Cultura y la Universidad Autónoma del Estado de México; en 2008, editada por el Instituto Mexiquense de Cultura y la Biblioteca Mexiquense del Bicentenario; y, en 2011, por el Instituto Mexiquense de Cultura.

La obra consta de un epílogo y veintiún capítulos breves, identificados sólo por el número; sin embargo, el lector podría asignarles un título, ya que cada capítulo tiene como centro algún personaje, anécdota o acontecimiento. No obstante la división, las historias están enlazadas, porque tienen un punto en común, tal como en un rompecabezas. El narrador cuenta lo que sucede en el presente y, al mismo tiempo, remite a hechos pasados; si el lector se distrae, los saltos temporales podrían confundirle; sin embargo, este procedimiento hace que el lector sepa incluso más que los mismos personajes. Al final, a pesar de ciertas marcas, no se puede precisar el tiempo que dura la historia.

1 Las citas referentes a la obra se harán indicando sólo el número de página.



Héctor Sommaruga, *Tormenta en el páramo*, 3ª ed., Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 2011.

En la novela, además de las críticas y burlas al poder hechas en tono humorístico en ciertas ocasiones (la escena de la inauguración del lago es un ejemplo de ello), aparecen ataques y censuras al radio y la televisión, aunque ya en otro tono:

—Bueno, don Bolívar —lo llama Gordon sacándolo de su encantamiento—, ¿qué le parece si aprovechamos esa pequeña balsa y hacemos un viajecito para estrenar estas aguas?

—Con gusto, señores. Esperaba que me lo dijeran.

Pablo les acerca la rudimentaria embarcación a los tres veteranos. Suben tambaleándose y le suplican que los acompañe para dirigirla [...]. No llegaron muy lejos. Lentamente el agua comienza a cubrir los maderos, mientras los viejos son presas del pánico y tratan de ponerse de pie [...]. Para fortuna de los naufragos [...] a pocos metros de la orilla, en donde sucede el percance, el agua apenas llega hasta las rodillas de un adulto parado [...]. Manginni regresa caminando lentamente por las aguas [...]; pero don Bolívar continúa dando manotazos para salvarse, mientras Pablo forcejea con él tratando de ponerlo en pie. Cuando Gordon termina de hundirse con los restos de la balsa, se acerca a los hombres

que luchan y, tomando de los cabellos a don Bolívar, lo pone en pie de un jalón. El presidente mira hacia abajo, descubre que el agua le cubre apenas parte de sus piernas (pp. 79-80).

—La radio es un aparato que habla sin parar y a veces pasa música. Es como tener un pajaraco pensante en la casa; te llena la cabeza de cosas y al final no dice nada. Y la televisión, ¡aaah, la televisión! [...]. Es como si vivieras en otro mundo, ¿entiendes? Nada es cierto... La gente la ve para querer ser como los que salen en la pantalla de vidrio y así viven toda la vida ilusionados (p. 90).

Tormenta en el páramo presenta la historia de Covadonga mezclada con el incesto, el acoso, el rapto, la lucha por el poder —en la que el joven se impone al viejo—, la búsqueda, el éxodo, el amor y el erotismo femenino que se despierta ante lo extranjero, por lo tanto desconocido y diferente: “Ágilmente se desabrocha el vestido con una mano, mientras con la otra guía la temblorosa mano de Apolo hacia sus pechos. Los dedos de Apolo palpan un enorme, áspero y erecto pezón que parece estar a punto de hacer erupción, cual inmenso volcán” (p. 123).

En la trama de la novela no se puede dejar de lado a dos personajes, Apolo y Dalila, cuyas historias de vida y contextos influyen para que comiencen a buscar algo y a alguien, por lo que llegan a Covadonga. Su búsqueda no termina como ellos esperaban. Un encuentro planificado los lleva a uno fortuito. La novela finaliza con esta frase de Apolo: “—Créame que sí, señora. Por fin he encontrado lo que quería” (p. 141), aun cuando no es precisamente lo que al principio buscaba, ya que su deseo era “vivir sin leyes por primera vez en su existencia”, debido a razones personales y sociales: ha vivido bajo las presiones familiares que lo obligaron a estudiar jurisprudencia dentro de un régimen militar que tomó el poder “luego que el presidente ‘desapareciera misteriosamente del país sin dejar rastro’ (como dijeron en los noticiarios)” (p. 14). Para Apolo, lo que empieza como una búsqueda de libertad termina como una historia de amor.

El lector conoce la historia de Dalila y la de Apolo por separado, en diferentes capítulos, pero los une el ser extranjeros en un 'país' llamado Covadonga, cuya bandera es una mezcla de una lona gris y tela para cortinas, el "paraíso perdido del continente" (p. 18), donde únicamente dos familias han gobernado —los Archundia y los Bolívar—. En este espacio se desarrolla la mayor parte de las acciones y a él se remite el título de la novela, pues es un páramo ubicado en medio del desierto, entre el norte y el sur, donde realmente el sol quema. Quizá es un paraíso perdido porque nadie sabe nada de él, al menos en el norte, donde vive Apolo. Los covadongueses, al vivir alejados, desconocen ciertos objetos y no entienden las palabras de los extranjeros; tampoco tienen noción del valor de los objetos. Ahí no existe el dinero, sólo el intercambio, aunque sí hay maldad, injusticia y poder. Quienes están dentro de esta esfera "no saben gran cosa sobre obligaciones y respeto al prójimo" (p. 28); quienes no, sólo ven y escuchan, no dicen ni hacen nada. Esta indiferencia también se refleja en el discurso del narrador, quien no juzga las acciones de los personajes.

De manera paralela a la historia de Apolo y Dalila, aparece la de Covadonga, convertido en un país independiente por la astucia de Anastasio Bolívar, primer presidente de Covadonga, y poblado a partir del incesto y del rapto de niños.

Con la soledad y aburrimiento de aquellos tiempos, estas primeras familias [los Archundia y los Bolívar] comenzaron a intercambiar esposas, hijos e hijas, y hasta el anciano abuelo de los Archundia tuvo sus oportunidades para procrear con las más jóvenes [...] Luego [...] comenzaron a dedicar las horas nocturnas a festines y orgías, lo que aconteció durante unos cuantos años. Llegó entonces el momento en que empezaron a nacer las generaciones de minusválidos y pequeños monstruos (p. 28).

A partir del discurso del narrador, sólo el lector conoce la verdadera historia de Covadonga. Los Bolívar y los Archundia crean y destruyen este país, cuyo final se anuncia en el capítulo XIII,

donde se hace un recuento de los hechos y se profetiza el peor de los finales.

El odio de la gente, la libertad sin leyes, la maldad que los Bolívar y los Archundia "traen en la sangre desde tiempos remotos" (p. 28) y la lucha de poder entre don Bolívar, ahora exiliado, y Pablo Archundia, el nuevo presidente, son hechos que se conjugan para desaparecer este país. Literalmente, "fuego y lluvia arrasan Covadonga" (p. 133). "La tormenta [la] alcanza [...] por primera [y última] vez en su historia" (p. 130). Este fenómeno atmosférico resulta plurisignificativo, ya que la tormenta también es una desgracia, una manifestación violenta, una agitación política, económica o social. Entonces, no es una tormenta, sino varias las que terminan con Covadonga, cuyo fin marca el comienzo del éxodo de Apolo, Dalila y los hijos de ésta.

Héctor Sommaruga plantea en *Tormenta en el páramo* circunstancias particulares que conducen a un planeamiento general, como el juego de buscar-encontrar. El hombre siempre busca, desde lo más simple y cotidiano, hasta lo más complejo y utópico. En ocasiones, encontrará lo que pretendía y, en otras, hallará algo que no buscaba. También está el tema de la libertad y las normas: ¿hasta qué punto éstas son necesarias para regular los límites entre la libertad personal y la de los otros, considerando todas las implicaciones de carácter social que conlleva este derecho? Al parecer, para que pueda existir la libertad en sociedad son necesarias las leyes, pues lo que uno quiere puede afectar al otro o interferir en su libertad.

El libro no es maniqueo, no habla de lo bueno o lo malo, sino que presenta una perspectiva de lo que sucedió en Covadonga y que puede ocurrir en cualquier parte. La lectura de *Tormenta en el páramo* llevará al lector a recorrer este mundo y sus personajes; sobre todo, a reflexionar sin evitar reírse en ciertos momentos.LC

ABRIL ÁNGELES OLAY BLANCO. Licenciada en Letras Latinoamericanas por la UAEM. Actualmente es correctora de estilo del Departamento Editorial de la Dirección de Divulgación Cultural.